

Newton Compton Editores

Título original: *The Rome Affair*

© 2017, Karen Swan

© 2024, de la traducción por Noelia Pousada Lobeira

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: julio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-44-6

Código IBIC: FR

DL: B 4.884-2024

Composición:

Sergí Godía

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en julio de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Karen Swan

Un día en Roma para enamorarse

Traducción de Noelia Pousada Lobeira



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

*Para Wol,
prácticamente el verdadero autor de este libro*

Prólogo

Roma, noviembre de 1989

—¿Cariño? Llamó a la puerta, esperando oír lo que siempre oía cuando su esposa estaba en su *suite*: el agua llenando la bañera, las puertas del vestidor abriéndose y cerrándose, ella tarareando una canción mientras se vestía...

—¿Elena?

Esperó unos instantes antes de entrar. Las cortinas estaban abiertas y las luces, encendidas. La cama seguía ligeramente hundida ahí donde había estado tumbada y las almohadas estaban deformadas por la siesta que se había echado.

Esbozó una sonrisa mientras se disponía a cerrar de nuevo la puerta, pero, en ese momento, se fijó en un objeto diseñado expresamente para llamar la atención: en vez de marcharse, se acercó al tocador para cogerlo. El anillo seguía caliente por el contacto con el cuerpo de su esposa. Acarició las piedras con el pulgar y, acto seguido, las acercó a los labios para besarlas con cuidado. Debía de haberse olvidado de ponérselo después del baño, pensó él, metiéndoselo en el bolsillo con la idea de probar a buscarla en la biblioteca.

Tenía que estar allí...

La nota estaba completamente oculta bajo la bandeja para los anillos. No la habría visto de no ser por el grueso cristal, que producía el mismo efecto que una lupa, y aquella letra la habría reconocido en cualquier circunstancia. Sacó el papelito blanco de su escondite y, con la respiración desacompasada, lo leyó, lo vio y lo entendió todo.

Y, entonces, salió corriendo.

Capítulo 1

Roma, julio de 2017

—«La luz ambarina y los gorriones...»; de eso es de lo que ha escrito Cesca —dijo Matteo, volviendo a dejar el móvil en la mesa.

—¿Y eso es lo que más te gusta de esta ciudad? —preguntó Alessandra incrédula.

—¡Pues tiene más «me gusta» que casi cualquier otra entrada! —Cesca se echó a reír, señalando las estrellas de la publicación—. ¿Qué queréis que os diga?

—Yo lo que digo es que a la mayoría de la gente le atraería más el Coliseo, el Foro, el Panteón —respondió Alé con sorna— o incluso los vendedores de rosas en las escaleras de la Piazza di Spagna que los pajaritos marrones que andan robando comida de los platos.

—Ay, pero es que la mayoría de la gente no tiene imaginación. Yo paso de los clichés. Quizá por eso mi pequeño blog guste tanto.

—De pequeño nada —dijo Matteo—: con lo rápido que estás ganando seguidores, pronto tendrás patrocinadores llamando a tu puerta, y ahí es donde puedes sacar dinero de verdad.

—¿Ah, sí? Pues ya están tardando —bromeó Cesca.

No obstante, era cierto que *Un día en Roma para enamorarse*, su homenaje en redes a la ciudad que era el corazón de la Antigüedad, del queso *pecorino* y de *la dolce vita*, había despertado el interés general, y a ella le emocionaba y asombraba aquella popularidad creciente. Desde su primera publicación de prueba, hacía ahora siete meses, se había hecho al blog y escribía sobre todo tipo de temas, desde los dulces de miel elaborados en el propio Aventino hasta sus tiendas *vintage* preferidas, pasando por alguna que otra anécdota de su trabajo como guía turística.

Guido esbozó una amplia sonrisa. Le brillaba la coronilla bajo la intensa luz dorada de los faroles.

–Bueno, al menos nos queda claro por qué necesitabas un cambio. No se puede esperar que una persona que define Roma por su luz trabaje en un mundillo tan soso como el de los tribunales británicos.

–Gracias, Guido –dijo Cesca, alzando el vaso en su dirección–. Un brindis por lo que has dicho.

Todos se le unieron: se acabaron la *grappa* y se recostaron en sus asientos sonriendo relajadamente. Era el punto final de otra noche hermosa en la que el aire caliente caía como párpados somnolientos y el aroma a jazmín se esparcía como polvo por el cielo. Se habían dado un buen festín, con platos de pasta y pescado, y todas las mesas de la terraza del restaurante estaban ocupadas. Ya pasaban de las diez de la noche, pero para Roma aún no era tarde, y a Cesca también empezaba a parecerle temprano.

–¿Y ahora qué? ¿Nos vamos a Zizi? –preguntó Alé, recostándose en la silla y recogiendo el cabello negro en una coleta. Llevaba puesta una camiseta color caqui sin mangas que le dejaba al descubierto los brazos delgados–. Esta noche toca el grupo de música ese que vimos en el festival Rock in Roma en junio, ¿os acordáis?

–¿El de la cantante que estaba buena? –preguntó Matteo, mostrando interés, como siempre que había una mujer atractiva de por medio.

–Si te refieres al cantante, sí que estaba bueno. –Alé se rio, dejando caer el pelo por los hombros–. Oye, no sabía que te pusiese la barba.

Todos se rieron entre dientes y Matteo agachó la cabeza mientras le tiraban un par de servilletas.

–Pensaba que te referías a...

–Ya, ya, a esas tres hermanas.

–Yo me apunto a lo de Zizi –dijo Guido.

La barba a él sí que le ponía.

–Bueno, sintiéndolo mucho, conmigo no contéis –intervino Cesca, agachándose para coger el bolso que tenía a los pies–. Mañana tengo un grupo a las seis, así que me toca levantarme a las cinco.

–Planazo. –Alé frunció el ceño con la vista fija en Cesca, que ya

había cogido la cuenta del platillo y estaba calculando su parte moviendo los labios en silencio.

–Ya te digo –respondió instantes después, poniendo los ojos en blanco–, pero, por desgracia, el alquiler no se paga solo.

Alé chascó la lengua.

–¡Me parece increíble que no te paguen por vivir en ese piso! –bromeó, dedicándole una leve sonrisa, con cierto toque seductor, al camarero que volvía con otra ronda de digestivos.

–Gracias, eh. Pues a mí me encanta mi casa. Ponte a buscar piso en Londres por el dinero que pago aquí. En Roma, por lo menos, todo... –Cesca frunció el ceño–. ¿Cómo se dice en italiano que parece sacado de un cuento? O sea, que es pequeñito, bonito, anticuado...

Todos tradujeron la expresión al unísono.

–Cierto, pues eso mismo. –Asintió mientras hurgaba en el bolso. Ojalá hablase italiano la mitad de bien que ellos inglés. Quizá, si hubiese insistido en que le hablasen solo en italiano, habría mejorado su nivel, pero sospechaba que no los haría reír tan a menudo ni se divertirían tanto con ella.

–Pero si dijiste que una vez te pasó una cucaracha por la cara mientras dormías –le recordó Alé con un escalofrío.

–Solo una vez, y, además, eso fue la primera semana. Creo que ya las he espantado.

–Y las luces parpadean cuando cruzas la habitación –añadió Matteo–. Y tu televisor debe de ser el único en blanco y negro que sigue funcionando en todo el país.

–O en toda Europa –lo corrigió Guido.

Matteo lo buscó con la mirada.

–Exacto.

–Y, para más inri, apesta a caballo –dijo Alé, arrugando la nariz.

–Nada que una vela aromática no pueda arreglar, y, para que conste, todo el mundo dice que mi tele en blanco y negro es un bien de valor histórico, como la cerveza artesana de Guido y su barba a lo *hipster* –añadió con una amplia sonrisa, antes de acariciarle la barba con cariño, como si fuese un terrier irlandés. Nunca lo había visto sin barba y no podía ni imaginárselo afeitado; sería como verlo desnudo–. Además, tengo bañera...

–¡Puaj! –Matteo hizo una mueca–. ¿Por qué estáis obsesionados los ingleses con revolcaros en agua sucia?

–¡Con lo bien que sienta! Ya me gustaría veros a vosotros intentando sobrevivir un invierno en Inglaterra. En la universidad, a veces la única forma de entrar en calor era dándome un baño. –Inhaló hondo, viendo que la miraban sonrientes, que disfrutaban pinchándola–. Habláis como si vosotros vivieseis en un ático de lujo. –Hizo un puchero, mientras los demás se desternillaban de la risa.

–Quédate, aunque sea a una ronda más –le imploró Alé.

–De verdad que no puedo –dijo Cesca, inclinándose para darles a todos un beso–. Últimamente he tentado a la suerte demasiadas veces, y ya sabéis cómo me pongo por las mañanas.

–Ya me gustaría a mí saberlo. –Matteo se rio por lo bajo, estirando los brazos de arriba abajo para presumir de músculos.

–No tienes remedio. –Esbozó una amplia sonrisa–. Pero necesito este trabajo. Tengo agujeros en los zapatos de tanto andar y no me puedo permitir unos nuevos. –Para demostrar que no mentía, alzó el pie y les enseñó la tela rota de sus Converse amarillas.

–Pero, claro, el vino que no falte con la cena –dijo Guido, dando un golpecito a la botella vacía que le quedaba más a mano.

–Pues claro. En la vida hay prioridades, cariño –bromeó.

–Y yo que pensaba que tus zapatos ya venían así de fábrica –comentó Matteo, mirándolos–. Todo lo demás que te pones se cae a pedazos.

–¡Oye! Lo que te pasa a ti es que no entiendes de moda *vintage* –retrucó Alé en defensa de Cesca–. Todo lo que no sea un Gucci sin estrenar ya no te vale.

Matteo fijó la mirada insinuantemente en el agujero de la blusa blanca de algodón estilo eduardiano que llevaba Cesca, y esta lo tapó con la mano.

–Si una prenda está así de usada es porque gusta mucho, punto. Soltó una risa, recogiendo del respaldo del asiento su panamá, que, todo hay que decirlo, parecía que lo había mordisqueado un burro. Se lo puso mientras les lanzaba besos a todos.

–Hasta luego, *amici*. Sois los mejores. ¡Hablamos!

Sonrió, despidiéndose con un gesto de la mano mientras se alejaba. Las voces de sus amigos, que habían retomado el tema de

conversación de la discoteca, se sobreponían al leve murmullo del resto del restaurante.

Su casa no quedaba lejos. Nada quedaba muy lejos en Roma. Cruzó la Piazza di San Cosimato, con los puestos del mercado apilados y protegidos con cadenas hasta que se reactivase el comercio a la mañana siguiente, y se adentró en el sinuoso laberinto de callejuelas, donde los edificios desaparecían bajo las fachadas repletas de tupidos jazmines y hiedras. Había gente por doquier, mesas arrimadas contra los muros para dejar paso a las limusinas del aeropuerto, motos aparcadas precariamente en densas filas como fichas de dominó y música que salía de todas las ventanas abiertas.

Puede que la ubicación de su piso en el centro histórico, oculto en la maraña de calles serpenteantes entre la Piazza Navona y el Campo de' Fiori, no estuviese tan de moda como las casas de sus amigos en Trastevere –donde los artistas, los diseñadores y los *hipsters* se reunían en bares que permanecían abiertos hasta bien entrada la madrugada y en restaurantes *pop-up*–, y puede que ella tuviese toda la culpa de que la edad media de los residentes de la zona hubiese descendido cuarenta años de golpe, pero la cosa es que estaba en el centro, lo que le venía bien para el trabajo. Tanto tenía que andar para ganarse la vida esos días que lo último que quería era tener que pegarse otra paliza para llegar a casa.

Además, nunca le habían interesado mucho las modas; vestir ropa *vintage* de pies a cabeza ya era prueba de ello y solo la punta del iceberg. De adolescente, escuchaba la música de Patti Smith y de Carly Simon, cuando todo el mundo estaba obsesionado con McFly. No había tardado en hacerse a la idea de que no existía plancha alguna que fuese a arreglar lo encrespado que tenía el pelo rubio tirando a color fresa –bueno, vale, era pelirroja–, y con su casi metro ochenta, no había manera de no llamar la atención. Así que, sí, puede que en su piso hubiera cucarachas y que la instalación eléctrica fuese algo chungueta, pero también tenía baldosas azul turquesa de los años sesenta en la cocina y una bañera. La terracita –no mucho más grande que la mesa que había en ella– daba a todo un panorama de tejados, entre los que se contaban siete campanarios de iglesias como mínimo –le encantaba ver lo desacompasadas que se movían las campanas los domingos por

la mañana—. Tal vez lo mejor de todo era que el piso estaba ubicado en una plaza muy pequeña y tranquila que daba a la atestada Piazza Angelica y en la que tenía todo lo que necesitaba: una *osteria* con escasa iluminación en una esquina, una pizzería enfrente y la mejor pastelería de Roma justo en la puerta de al lado de su piso. Había una higuera frondosa en la esquina de la *osteria* y, en el centro mismo de la plaza, un viejo olivo, cuyas ramas se mecían con la brisa como bailarinas hawaianas. Se había sentido en casa nada más verla por primera vez.

De vez en cuando, las callejuelas angostas por las que pasaba Cesca se ensanchaban al llegar a alguna que otra plaza, y en esos momentos el cielo se agrandaba en afilados rectángulos y la luz de la luna teñía de plata las calles durmientes. No hacía ruido al caminar con las raídas zapatillas Converse sobre los adoquines, concentrada como estaba en el *tour* del día siguiente y en las historias que tendría que contar para hacer bien su trabajo. Seguía siendo una novedad estar aquí y hacer todo lo que hacía; su antigua vida le parecía un sueño lejano, una historia que le había contado otra persona, más que un pasado que hubiese sido suyo alguna vez, que la hubiese absorbido, que la hubiese definido.

Llegó a su pequeña plaza, la Piazzetta Palombella, y pasó por Osteria Antico, que siempre estaba abarrotada aunque no aceptaran reservas ni tuvieran ningún plato estrella ni menú; te ofrecían lo que fuera que el *signor* Accardo hubiera cocinado ese día y su esposa te lo servía a la mesa. Al pasar, alzó la mano para saludar a la *signora* Accardo, que llevaba puesto el delantal negro de costumbre e iba de camino a la cocina con unos platos.

Al otro lado de la plaza, en la puerta de la pizzería de Franco, había la cola de siempre. La gente que estaba a la espera charlaba a gritos y se exclamaba conforme los cocineros lanzaban las masas de las *pizzas* por el aire con movimientos acrobáticos y las llamas del horno de leña iluminaban la calle. El local era propiedad de Franco Luciano, *pizzaiolo* de tercera generación, si bien ahora lo llevaban sus seis hijos, que se habían vuelto tan míticos como la famosa masa Luciano. No era tarea fácil diferenciarlos cuando estaban metidos en la cocina: todos tenían el pelo oscuro, los dientes blancos, los ojos marrones y la piel morena y vestían de forma

idéntica. Gritaban y gesticulaban sin parar mientras se empujaban y se esquivaban los unos a los otros en una meticulosa coreografía dentro del local; Cesca tenía claro que aprendería italiano antes que todos sus nombres. Trabajaban con soltura y sujetaban las palas del horno de tres metros de largo con maña. No había sido consciente del talento que había que tener para hacer *pizzas* hasta que vio cómo amasaban y lanzaban las bases por el aire, las torcían y las giraban con habilidad artesana, trabajando los bíceps con unas camisetas blancas ajustadas.

Ricci, el hijo mayor de Franco, la reconoció cuando sacó uno de los contenedores de la basura y la llamó, y ella le devolvió el saludo. Les estaba agradecida a sus nuevos vecinos por el sentimiento de comunidad con el que la habían recibido.

Subió las escaleras pegadas a la pared que llevaban a la entrada de su casa, con cuidado de no pisar las numerosas macetas con geranios que su casera, la *signora* Dutti, una viuda que vivía en el piso de abajo, había puesto en cada uno de los peldaños. Durante los últimos siete meses, la mujer la había despertado a las 7:40 h bariendo las escaleras; coger y dejar los tastos de las flores eran el equivalente italiano a hacer ruido con la vajilla de porcelana a la hora del desayuno en Inglaterra.

Dentro del piso hacía frío y estaba todo a oscuras; las cortinas de encaje, estilo *vintage* y hechas a mano, pendían inmóviles de las ventanas, y abrió las contraventanas para que la brisa renovase el aire estancado. Era todo un gusto pisar las baldosas de terracota del suelo al quitarse las Converse y cruzar el salón comedor en dirección a la minúscula cocina, sombría y situada al fondo, para servirse un vaso de agua y cortar unos trozos de melocotón que luego puso en un cuenco junto con el hueso. Encendió la televisión y zapeó hasta dar con una reposición de la serie *Comisario Montalbano*, y después se metió en el baño para llenar la bañera; era su ritual de la noche. Le traían sin cuidado las burlas de sus amigos.

Se comió el melocotón despacio, sentada en el borde del sofá, viendo en silencio un tiroteo en la televisión mientras, de fondo, oía el agua caer en la bañera, ahora con mayor fuerza. Sabía, solo por el sonido, cuándo llegaba el agua a la altura idónea y cuándo tenía que cerrar los grifos.

Devolvió a la cocina el cuenco, en el que tan solo quedaba el hueso del melocotón, lavó el recipiente y preparó la bolsa de la basura. La alzó con cuidado, consciente de que en el cuenco de cereales que se había tomado el día antes quedaba más leche de la que pensaba cuando tiró las sobras, y se apuró hasta la entrada, forzando el bíceps delgado para que la bolsa no tocara el suelo. Se calzó de nuevo, sin molestarse en meter los talones para no tener que desatar los cordones, y, al volverse, vio claramente unas enormes gotas de leche en las baldosas. Chascó la lengua y trastabilló por las escaleras lo más rápido que pudo, soltando un taco cuando rozó una de las macetas de flores con el fondo de la bolsa; se volcó y el peldaño quedó manchado de tierra.

Se metió en el pequeño callejón que había a la izquierda, entre su edificio y la pastelería, y levantó la tapa del cubo enorme, preparada para lanzar la bolsa con el otro brazo y conteniendo la respiración por puro instinto, ya que el mal olor era siempre insoportable.

Pero frunció el ceño cuando reparó en algo que había encima de las otras bolsas de basura. Bajó la suya hasta los pies, se estiró y cogió un bolso de mano que parecía nuevo y caro. Era de cuero gris polvo, con los bordes duros y puntadas en las costuras. Incluso Cesca, que no era experta en moda, tenía claro, por el mango de bambú, que era un Gucci. En los despachos que había frecuentado en su vida anterior, los bolsos de la santísima trinidad –Gucci, Prada y Céline– eran uno de los artículos imprescindibles de las abogadas más prestigiosas, una forma de transmitir éxito cuando cualquier otra indicación, como el reloj, el traje o los toques de color que se daban cada dos semanas en los salones de belleza, los tapaban la peluca y la toga. Pasó el pulgar por el cuero, blando, de piel de cordero. No parecía una falsificación ni tenía un olor sospechoso, pensó mientras olisqueaba y se deleitaba con el rico aroma del cuero. ¿Qué demonios hacía allí?

Cayó en la cuenta al momento.

Se olvidó de la bolsa enorme que seguía goteando a sus pies y abrió el bolso. A diferencia del suyo, donde tenía de todo un poco, este casi daba pena por lo vacío que estaba: un peine –que no tenía ni un pelo–, unos polvos de Chanel Les Beiges, un frasquito de colonia de Annick Goutal, varias tarjetas de visita sujetas con un

clip de plata... Pero lo que llamaba la atención era, precisamente, lo que no había: ni cartera ni teléfono. Seguramente el ladrón habría cogido el bolso, habría robado lo que quería y lo habría tirado a las primeras de cambio; el bolso habría constituido una prueba incriminatoria si lo hubiesen detenido con él.

De todos modos, sin contar el valor del dinero en efectivo o de las tarjetas de crédito, ese bolso tenía que costar unos mil euros. Sin el documento de identidad, no había manera de devolvérselo a su dueña. «¿Qué debería hacer?», se preguntó. ¿Conseguiría encontrar a la dueña la policía o la que fue a Sevilla perdió su silla? La verdad, no era su estilo; le pegaba más a una mujer que se peinase con secador a diario, que se pusiera joyas para desayunar y que pensase que la manicura era uno de los pilares fundamentales de la civilización. ¿Y si lo vendía? No le vendría mal el dinero y...

De repente, se le ocurrió algo: ¿y si el bolso tenía un número de serie, como los Rolex o los coches, con el que la dueña pudiese localizarlo? Una de sus compañeras del despacho en el que había trabajado tenía un Hermès Birkin que llevaba incorporada una tarjeta con varios números de autenticación. Si en ese bolso había algo parecido, podría devolverlo: mejor eso que beneficiarse de las desgracias ajenas.

Abrió el bolsillo lateral: por fuera, daba la impresión de que estaba vacío, pero había algo dentro. Sacó un sobre azul, pequeño y sin abrir, con los bordes muy desgastados. En la parte frontal, habían escrito el nombre de una mujer con letra elegante: «Elena».

Cesca se mordió el labio. ¿Sería el nombre de la dueña o el de la persona a la que había escrito?

—*Buona sera*, Cesca.

Alzó la mirada para encontrarse con la *signora* Dutti, que estaba regando la colección de macetas junto a su puerta, aprovechando para hidratar las plantas ahora que el calor del día había dejado de abrasarles las hojas. Llevaba puesta la bata azul marino de costumbre, con un par de sandalias viejas Scholl y una redecilla cubriendo los rulos del pelo para tenerlo listo al día siguiente.

—*Buona sera, signora*. —Cesca le dedicó una sonrisa, saludándola con el bolso sin percatarse, y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que la anciana había reparado, con su vista de águila, en la

calidad y el valor implícito del bolso pese a la distancia—. Oh. —Se le acercó rápidamente—. Acabo de encontrarlo en la basura.

La *signora* Dutti negó con la cabeza y chascó la lengua.

—Estos ladrones... —Dejó la regadera en el suelo y tomó el bolso que le ofrecía Cesca; el cuero liso, con su color claro, contrastaba vívidamente con la piel arrugada y pecosa de la casera.

—Sí, por desgracia, se han llevado todos los objetos de valor que había dentro: la cartera, el móvil... Pero tiene pinta de ser un bolso caro; la dueña debe de echarlo en falta. He encontrado esto. —Alzó la carta.

La *signora* Dutti cambió de expresión en cuanto leyó el nombre escrito.

—¿Por casualidad sabe a qué Elena se refiere? —Cesca arrugó la nariz—. Ya sé que sería mucha casualidad... —Se calló al ver la expresión de satisfacción de la anciana—. ¿Es que la conoce?

La *signora* Dutti asintió muy despacio, levantó el brazo y, estirando un dedo, señaló al edificio señorial azul claro al otro lado de la plaza, cuyas contraventanas estaban pintadas de color avena claro. Había veinticuatro ventanas —seis en cada uno de los cuatro pisos— solo en esa cara del edificio señorial, pero la entrada principal no daba a la pequeña plaza. Ese era el lado derecho; la puerta se ubicaba en la Piazza Angelica, a la vuelta de la esquina. Durante los siete meses que llevaba viviendo allí, Cesca no había visto a nadie ni entrar ni salir del edificio señorial, y las contraventanas —por lo menos, en aquel lado— siempre estaban cerradas.

—¿Vive allí?

La *signora* Dutti asintió; la expresión de sus ojos oscuros era inescrutable.

—Vive allí.

Capítulo 2

A sus espaldas, la Piazza Angelica estaba llena de luz. Había filas y filas de motos, como si de una formación militar se tratara, y un grupo de jóvenes romanos se congregaba en torno a la fuente de en medio, como si fuese el centro de gravedad y tirase con fuerza de ellos.

Cesca estaba parada en las escaleras de la entrada principal, desde donde oía el eco del timbre en el interior del edificio fortificado. Bajo su sombra, con la cara a pocos metros de sus muros, le resultaba imponente y enorme; le parecía demasiado grande para ser una única residencia privada y no un edificio del Gobierno, que era el caso de muchos de los inmuebles de esa magnitud. ¿Qué clase de persona viviría en un lugar como ese hoy en día? Seguramente, habría sitio para alojar a cientos de familias o se podría convertir en un colegio o en un hospital. En algo que valiese la pena, en algo útil.

Aferró con más fuerza el bolso que sostenía en la mano, con la vista fija en el marco superior de la puerta de cinco metros, donde había una cámara de seguridad que la enfocaba. Desvió la mirada, sintiéndose desnuda sin su sombrero de Panamá de marca; era muy raro que saliese sin él con el calor que hacía en esa ciudad. Por el rabillo del ojo, veía a la *signora* Dutti de pie junto a la higuera en la esquina de la plaza, limpiándose las manos en la bata mientras la observaba. La curiosidad que mostraba ponía a Cesca incluso más nerviosa. ¿Qué tenía de interesante que fuese a llamar a esta puerta para devolver un bolso robado?

Con cierto derrotismo, se volvió hacia su vecina anciana encojiéndose de hombros, como diciendo: «Bueno, por lo menos lo he intentado», pero, entonces, se abrió la puerta y vio frente a ella a un hombre de mediana edad que vestía unos pantalones negros y

una chaqueta blanca y ceñida, como la de los chefs. Llevaba unas gafas con montura de carey y no sonreía; su rostro, con una piel increíblemente lisa, parecía la máscara de la muerte.

—¿Sí? —Miró a Cesca inquisitivamente, fijando la aguda mirada en el agujerito de su blusa, en los rasguños de la tela amarilla de sus zapatos y reparando en que no había metido los talones dentro del calzado... Alzó el mentón—. Ya es tarde. ¿Qué ocurre? —preguntó, con cara de pocos amigos, porque ella no le respondió enseguida.

—Sí, le pido disculpas —contestó, consciente de que él tenía razón; debían de pasar de las once de la noche y ella debía ir a acostarse de inmediato. Dentro de cinco horas escasas, tenía que estar en pie otra vez—, pero supuse que querría recuperar esto lo antes posible.

Alzó el bolso de Gucci. Primero el hombre pareció sorprendido; luego, cabreado, y en un abrir y cerrar de ojos le quitó el bolso de las manos. Ella ahogó un grito cuando la agarró del codo.

—No tiene ni idea de lo que ha hecho. ¿Es una de ellos? —Salió hasta el primer peldaño, inspeccionando las inmediaciones con aspecto violento.

—¿U... una de quiénes? —tartamudeó, desconcertada y tratando de soltarse del brazo. ¿A quién estaba buscando?

—De la banda. —Volvió a mirarla, estudiándola con desprecio e innegable hostilidad y apretándole más el brazo—. La banda que robó este bolso. Porque si es tan estúpida como para creer que le vamos a dar dinero...

—¿Cómo? ¡No! —Cesca se sorprendió tanto como él por la intensidad de su voz; estaba tan indignada como desconcertada. ¿Pensaba que era una ladrona? ¿Había confundido su ropa *vintage*, desgastada pero chic, con la de una vagabunda?—. Pero ¡usted qué se cree! Vivo al otro lado de la plaza y me he encontrado esto en mi cubo de la basura —espetó, liberándose del brazo—. Mi casera, la *signora* Dutti, me ha dicho que una mujer llamada Elena vive aquí y he venido a devolverlo. Eso es todo —prosiguió, ahora furiosa—. Le estaba haciendo un favor, pero ¡eh, no me dé las gracias! ¡El placer es todo mío!

Se apartó, resentida, y bajó las escaleras a pisotones. No había dado ni cinco pasos cuando él la llamó:

—¡Espere!

Al volverse, se lo encontró a medio camino en las escaleras, con el bolso abierto en las manos.

—Venga conmigo, por favor.

¿Qué? ¿Para qué? ¿Adónde la iba a llevar? Si se pensaba que iba a entrar en esa casa después de la forma en que...

Un momento, ¿dónde se había metido?

Corrió escaleras arriba y se quedó mirando el hueco oscuro de la entrada. No había ni rastro del hombre.

—¿Hola? —dijo, pero, al no recibir respuesta, cruzó el umbral y probó a llamarlo otra vez.

Había un pasillo recto de sesenta metros de largo de izquierda a derecha. Cesca notó que la temperatura había bajado unos cinco grados cuando quedó al abrigo de las paredes de piedra; el calor pegajoso de la ciudad se detenía de lleno en la puerta, donde tenía prohibido el paso. Miró hacia atrás, hacia la fiesta que seguían montando en la plaza: todos esos chicos estaban sentados en los bordes de la fuente, con los rostros iluminados por la luz reluciente del agua. Por lo menos, para ellos la noche seguía su curso sin imprevistos.

No muy lejos, se oía a alguien caminar con prisa; siguió el sonido de los pasos rápidamente y, al cruzar una galería alargada, vio al hombre de antes doblar la esquina. Se quedó con muy pocos detalles mientras corría: había mucho que procesar en esos escasos segundos, aunque, con su vista de guía turística, reparó en los frescos del techo, en la decoración barroca bañada en oro y en las asombrosas hileras de obras de arte renacentista colgadas en las paredes.

Llegó a unas escaleras de piedra en la esquina, que subió corriendo de dos en dos, cada vez respirando con mayor dificultad al tiempo que los peldaños se multiplicaban hacia arriba, piso tras piso. La luz era tenue, pese a la maravillosa araña que pendía en lo alto. Como tenía la vista fija en el suelo para no tropezar, no reparó en las puntas de los relucientes zapatos negros prácticamente hasta pisarlos.

—¡Ah! —ahogó un grito, reculando instintivamente y perdiendo el equilibrio, pero un brazo cubierto con una manga blanca la agarró por segunda vez en cinco minutos, aunque en esta ocasión la

intención era distinta. El rostro del hombre se mantenía impasible cuando ella se recompuso.

—Es por aquí.

Mientras caminaba, sostenía el bolso bajo el brazo; Cesca, si bien desconcertada por el devenir de los acontecimientos, tuvo que aguantar la risa ante aquella situación absurda.

Lo siguió por más y más galerías, una detrás de otra; todas ellas eran salas alargadas y estrechas, con las contraventanas, que daban a la plaza, cerradas a cal y canto. Vio cuadros que sabía que eran dignos de museos —de Caravaggio, Rafael, Velázquez, Tiziano— y pisó alfombras hechas de las mejores sedas. Los colores de las paredes eran intensos, como los de las joyas: granate, verde peridoto, verde malaquita... No era su estilo, para nada, pero, aun así, quedó impresionada. El edificio señorial era mucho más suntuoso por dentro, en contraposición con su aspecto exterior, sobrio y anodino.

Todo aquello era un festín para los ojos, pero no se oía nada —las paredes de piedra, que parecían una fortificación, amortiguaban no solo el calor, sino también los gritos y las risotadas estridentes de la plaza—, pero, poco a poco, comenzó a oír notas de música, retazos de una melodía que discurrían por las galerías como peces en la corriente de un río. ¿No era... no era *La traviata*?

El hombre —Cesca suponía que sería el mayordomo— se detuvo frente a un par de puertas cerradas y se volvió para mirarla.

—Espere aquí.

Cesca parpadeó, perpleja, cuando él desapareció puertas adentro con el bolso bajo el brazo. Desde la otra estancia se oyó un falsete a pleno pulmón unos breves instantes, antes de que la puerta se cerrase de nuevo.

Se giró sobre sus talones, moviendo la cabeza al ritmo de la tenue música mientras inspeccionaba esa «sala de espera», cuyo color únicamente podía compararse con el verde de la absenta. Había un enorme retrato de un cardenal colgado en una de las paredes, unos bustos de mármol colocados los unos contra los otros sobre unos pilares y unas sillas de terciopelo color rubí cubiertas de oro. Era insoportable: los colores eran oprimentes y claustrofóbicos. Todo estaba muy recargado. ¿Dónde quedaba la luz? ¿La clari-

dad? Ay, ojalá estuviera rodeada de algodón en lugar de esa seda, de lino en vez de ese terciopelo. Notaba un peso enorme en los hombros, como si la historia del edificio señorial se cerniese sobre ella como una presencia física.

Cerró los ojos, mientras seguía asintiendo al ritmo de la música, y fue entonces cuando se percató de que ya no se oía nada. Al girarse, cayó en la cuenta de que las puertas estaban abiertas y de que el mayordomo la observaba.

Dejó de mover la cabeza.

—La *principessa* está lista para recibirla.

«¿*Principessa*?»

El hombre se hizo a un lado, claramente para dejarle paso, e instantes después obedeció: entró en la sala y se detuvo otra vez. A diferencia de la riqueza casi excesiva de las otras habitaciones, esa estancia —de tres metros de alto y, más o menos, diez metros cuadrados— destacaba por su sencillez, de un minimalismo casi brutal, con un par de sofás de lino blancos situados en el centro, una alfombra de lana bereber, peluda y de color marfil, dispuesta en el suelo como una nube y tres lienzos gigantescos colgados de las paredes —de estilo abstracto y moderno, con mucho negro—. Era todo de un tamaño desproporcionado, no solo los sofás, en cada uno de los cuales, seguramente, podrían acomodarse ocho personas, sino también la chimenea de dos metros de alto, labrada en mármol y con un espejo *trumeau* decorado con adornos tallados que llegaba hasta el techo. Además, había una impresionante colección de corales pétreos blancos —algunos cerrados, parecidos a las flores de los lirios de agua, otros planos como abanicos, con calados extendidos sobre la superficie como si de un telar se tratara—. Estaban todos apoyados en unos soportes de madera sobre mesas de exposición; iban a juego con las ventanas, que, a ambos lados de la estancia, se extendían del suelo al techo.

Cesca era consciente de que estaba boquiabierta, pero era incapaz de recuperar la compostura y cerrarla. Entrar en esa habitación, tras la opulencia desbordante del resto del edificio señorial, había sido como zambullirse en un mar gélido tras darse un baño caliente.

—A mí también me pasa, querida. —Se giró hacia el sonido de aquella voz, de acento estadounidense, frágil como polvo espar-

cido en el aire, y reparó en una mujer que, hasta entonces, debía de haber estado junto a la ventana del fondo, aunque ahora se acercaba a ella—. Yo tengo que ponerme las gafas de sol cada vez que paso por la galería de oro para no acabar con urticaria, ¿a que sí, Alberto?

El mayordomo asintió, pero Cesca no le prestó atención: no podía apartar la mirada de la mujer que caminaba hacia ella. Vestía un pijama de seda color marfil, junto con un kimono de seda verde oliva, y se apoyaba en un bastón hecho a mano; era menuda, como un pajarito, de pelo canoso bien peinado que le llegaba hasta el cuello, y llevaba un par de lentes discretas en la punta de la nariz. Era de complexión fina, como una pluma, como un cristal hecho a mano, pómulos altos, como dos manzanas, nariz aguileña —con los orificios levísimamente tensos, lo que le daba cierta apariencia de engrimiento y descontento— y una mandíbula hermosa en tensión, pero fueron sus ojos los que hechizaron y petrificaron a Cesca: ni azules ni verdes, reunían la pureza del color celadón, como las aguas vírgenes de los lagos de Filipinas.

Llegó casi hasta donde estaba Cesca, sin que los dobladillos de su pijama de seda hiciesen ruido alguno al arrastrarlos por la suntuosa alfombra, y le ofreció la mano con una elegancia tal que a Cesca no le quedó claro si debía estrechársela o besársela. Al optar por la opción más conservadora y estrechársela, le sorprendió que la mujer —¡la princesa!— pusiese la otra mano sobre la suya.

—¿Cómo voy a compensarla por lo que ha hecho? —preguntó con cariño.

Cesca recordó que debía cerrar la boca. El bolso. Hablaba del bolso, se acordó entonces.

—No hace falta, de verdad.

La mujer sonrió.

—De eso nada. No se da cuenta de la buena obra que ha hecho. Llevo todo el día consternada. Lo que contenía el bolso era de un valor inestimable.

Cesca frunció el ceño. ¿No le había dicho el mayordomo que faltaban la cartera y el dinero?

—Pero, es que... mucho me temo que lo que había dentro lo han robado. El dinero, las tarjetas de crédito...

La mujer volvió a sonreír, restándole importancia, como si el dinero no valiese nada.

—Venga, siéntese. Me gustaría conocerla mejor. ¿Quiere beber algo? —Y antes de que Cesca tuviese tiempo de responder—: Alberto, *bellinis*.

El leve roce de la puerta le indicó que el hombre se había marchado, y ella y la princesa tuvieron que recorrer medio kilómetro —o esa es la impresión que tuvo— hasta llegar a los sofás.

—¿Cómo se llama? —preguntó la princesa, hundiéndose entre los cojines. Con un amplio gesto de la mano, invitó a Cesca a que hiciera lo propio.

—Francesca Hackett —respondió, y se preguntó por qué la estancia olía tan bien, teniendo en cuenta que no había ni flores ni velas a la vista—, pero todo el mundo me llama Cesca o, a veces, Chess.

—Yo soy la *viscontessa* Elena dei Damiani Pignatelli della Mirandola, pero todo el mundo me llama Elena. A veces, Laney. —Soltó una risa, un sonido tan sorprendente como toda esa estancia del edificio señorial; era una risa ronca, honda, más propia de una mujer el doble de grande que ella, la mitad de joven y adicta al tabaco.

—¿*Viscontessa*? Su mayordomo me ha dicho que es usted una princesa.

—¿En serio? —Suspiró—. Ay, ojalá dejase de decir eso. Lo habrá pillado usted de mal humor; Alberto es de mecha corta si uno no lo sabe llevar, pero es mucho más noble que yo. Prefiero *viscontessa* con creces, que es mucho más abierto y asequible, ¿no le parece?

Cesca enarcó las cejas.

—Entonces, ¿es usted princesa y vizcondesa a la vez?

—Princesa por partida doble, para ser exactos. Añádale dos ducados, cinco marquesados... —Puso los ojos en blanco teatralmente—. Dios mío, y aún no he terminado. Es como una lista de la compra. Creo que en total son once títulos.

Cesca se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente y de que se había quedado boquiabierta de nuevo; ahora no había duda alguna de por qué a la *signora* Dutti le había impresionado que ella se acercase a ese edificio señorial para conocer a esa mujer. Un bolso Gucci no era nada comparado con esto.

–Pero si es usted estadounidense.

–Es cierto. He entrado en la aristocracia romana al casarme. Se hace todo tipo de locuras en nombre del amor, ¿no? –hablaba con voz informal y afable.

Cesca no sabía qué decir, puesto que nunca había estado enamorada. Se recostó un poco en el sofá, inspeccionando libremente la estancia otra vez, y ahora que estaba sentada, se fijó en detalles que antes le habían pasado desapercibidos, como las mesillas colocadas a ambos lados de los sofás, talladas a partir de trozos de madera perfectamente trabajados y decoradas con relucientes cristales semipreciosos, además de un cojín de silla forrado de piel de alpaca blanca y un cerezo en una maceta en la esquina.

–Pero no hablemos de mí. Usted me interesa muchísimo más. –Entrecerró los ojos, pensativa–. Porque creo que es la chica del sombrero.

Cesca volvió a centrar la mirada en Elena, que la observaba con interés.

–¿Disculpe?

–Normalmente lleva usted sombrero.

–Normalmente, sí –contestó sorprendida.

Como si le leyese la mente, la *viscontessa* prosiguió:

–Ya no me muevo tanto como antes; paso mucho tiempo mirando por la ventana, porque me gusta ver a la gente pasar por la plaza. –Sonrió–. A menudo la veo pasar a la carrera con el sombrero puesto y siempre he querido saber cómo sería usted. Esta es la primera vez que le veo bien el pelo.

Fruto de la inseguridad, Cesca se frotó los brazos, desnudos y pecosos, no mucho más morenos que cuando llegó hacía siete meses en el lluvioso mes de noviembre.

–Tengo que llevar sombrero por mi tono de piel; si no, me achicharraría viva.

–Y bien que le sienta. Llama mucho la atención, como una llama de fuego. La veo cuando llega a la plaza por la esquina del fondo.

Cesca sonrió con timidez.

–Eso dicen mis grupos. Tiene sus ventajas, eso está claro.

–¿Sus grupos?

–Soy guía turística.

–¡Vaya! –La miró con ojos curiosos–. No lo habría dicho. ¿Y le gusta?

Cesca se encogió de hombros.

–Diría que me da para pagar el alquiler y que, a veces, conozco a gente la mar de interesante, pero también escribo un blog, que supongo que es lo que me gusta de verdad.

–Un blog –repitió la *viscontessa*, con cara de póquer.

–Es una especie de cuaderno o diario electrónico. Se llama *Un día en Roma para enamorarse* y escribo sobre las cosas bonitas que veo en la ciudad o que me llaman la atención. Este sitio tiene mucha historia y misterios.

–Efectivamente, solo hay que mirar dónde estamos –dijo, señalando el edificio renacentista en el que se encontraban en esos momentos–. ¿Y tiene muchos seguidores?

–Cuarenta y tres mil.

–¡Madre mía! ¿Y todos se ponen en contacto con usted cada vez que escribe algo?

–¡No, por suerte! –Cesca soltó una carcajada–. Pero tampoco son tantos. Los peces gordos tienen millones de seguidores.

–¿De verdad? –susurró la *viscontessa*, que parecía fascinada–. ¿Y con qué frecuencia escribe usted?

–Algunas personas publican contenido a diario para aparecer en las primeras entradas de los buscadores, pero yo prefiero escribir una vez por semana. No quiero acabar estresada ni vivir preocupada por si el contenido que publico es suficiente o no. Lo que importa es que sea un tributo a todo lo que me encanta de esta ciudad; no quiero sentirme en la obligación de publicar nada por inercia. Creo que a mis seguidores les gusta que lo que haga sea auténtico; saben que solo escribo sobre las cosas que me encantan de verdad.

–Entonces, es una escritora hecha y derecha.

Cesca se lo pensó unos instantes.

–Mmm..., supongo que sí.

Elena asintió justo cuando Alberto volvía con las dos bebidas, que portaba en una bandeja de plata en lo alto. Cesca lo miró mientras depositaba la suya en la mesilla de cuarzo que tenía al lado, no sin antes pasar un pañuelo de seda por la superficie inmaculada.

—¿Y por qué se ha mudado a Roma?

A Cesca le dio un vuelco el corazón, como siempre que le hacían esa pregunta.

—Pues porque es mi lugar preferido en el mundo. Creo que me enamoré al ver *Vacaciones en Roma* de pequeña y, cuando vine, cumplió con todas mis expectativas.

La *viscontessa* sonreía y asentía mientras hablaba, contemplándola con aquellos ojos extraordinarios, fijándose en el rostro sin maquillar de Cesca, en su ropa estilo *vintage*, en su cabello despeinado, enmarañado, recogido para darse el baño que justo había preparado antes de salir de casa.

—¿Y usted trabaja? —preguntó Cesca con cortesía, notando lo frío que estaba el vaso que agarraba con la palma de la mano.

—¿Yo? —La *viscontessa* hizo una pausa, como si tuviese que pensárselo—. Supongo que se podría decir que ahora mismo me dedico a pintar.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que pinta? —preguntó, dando un sorbo al *bellini* y preguntándose cómo había pasado de estar cenando con sus amigos en Trastevere a estar tomándose algo con una princesa en menos de una hora.

—Paisajes, sobre todo —contestó la *viscontessa*, con la mirada fija inquisitivamente en su invitada—. De vez en cuando, también retratos. Sería un gusto pintarla a usted. Ese pelo maravilloso que tiene...

—Ah... —Cesca vaciló, negando con la cabeza modestamente. No se le ocurría nada peor—. ¿Son... son obra suya? —preguntó, señalando los lienzos ingentes que colgaban de las paredes.

—Ojalá. Ya me gustaría tener tanto talento. No, no soy más que una anciana ilusa que se cree más hábil de lo que es.

Sonreía, y aquella elegante autocrítica era una argucia, presentía Cesca, para no incomodarla. Le gustaría saber qué edad tenía la *viscontessa* de verdad. Tenía una piel bonita, claramente porque llevaría dejándose el dinero en tratamientos cutáneos desde la adolescencia. Le echaba setenta y pocos.

A la *viscontessa* le temblequeó la mano de repente y el *bellini* se removió peligrosamente cerca del borde de la copa. Alberto se apresuró a quitárselo mientras Cesca contenía la respira-

ción; sería impensable verter cualquier cosa en esos sofás y esas alfombras.

–Ay, por Dios –susurró Elena, que chascó la lengua calladamente mientras Alberto trajinaba.

Cesca se puso de pie rápidamente, para que la *viscontessa* no se avergonzase incluso más.

–Debería irme, que ya es tarde y le he quitado mucho tiempo.

–Tonterías. –Sonrió, pero, entre temblores, también se levantó–. Me habría gustado ofrecerle algo más que una simple bebida. Si fuese más temprano, la habría invitado a cenar.

–Es usted muy amable, pero quédese tranquila; no es necesario. Lamento que le hayan robado el bolso. Entiendo que ya habrá anulado las tarjetas de crédito.

La *viscontessa* le restó importancia a la pregunta con otro de sus desdenosos movimientos de cabeza.

–Lo único que había de valor en el interior sigue ahí: una carta que mi querido marido escribió en su lecho de muerte. Hace quince años que la llevo conmigo a todas partes.

–Quince... –Cesca frunció el ceño, titubeante, confundida–. Perdóneme, lo siento. No quiero ser cotilla. Vi la carta cuando me puse a buscar algo con que identificarla; tenía su nombre escrito, pero no estaba abierta.

–Ah, no, todavía no la he leído –dijo la *viscontessa*, en un tono que implicaba que sería precipitado abrirla–. Llevo quince años pegada a la carta, esperando el momento oportuno. Ya sé que parece una tontería, pero tengo la sensación de que... abrirla sería como finalizar la conversación, en cierto modo. Así, sigue habiendo algo que decir entre nosotros y es una razón para levantarse por las mañanas. Todos los días me pregunto si habrá llegado el momento de abrirla de una vez por todas.

Cesca no sabía qué decir. ¿Hacía quince años que llevaba consigo una carta de amor?

–Quizá haya llegado el momento, entonces. –Se encogió de hombros–. Habría sido muy fácil que se hubiese perdido para siempre y nunca habría sabido cuáles fueron sus últimas palabras.

La *viscontessa* asintió.

–Puede que tenga razón. Le debo una, señorita Hackett.

–Para nada, de verdad.

–Bueno, por lo menos me gustaría ofrecerle una recompensa.
¿Alberto?

Fijó la mirada en él, que estaba en la esquina, detrás de Cesca, y esta se giró para encontrarse con que el mayordomo le estaba ofreciendo un sobre muy grueso.

¿Una recompensa? Cesca negó con la cabeza, pese a que se le abrieron los ojos como platos al observar el sobre. ¡Era bien gordo!

–No hace falta, en serio.

–Es un detalle que me gustaría tener con usted.

Y bien que le gustaría a Cesca.

–Pero es que no me parece ético. No creo que deba usted pagar a alguien por que le haya devuelto algo que le pertenece por derecho propio.

La *viscontessa* estaba atónita.

–Pero son cinco mil euros. Le vendrían muy bien.

Cesca tragó saliva. Cubriría el alquiler de varios meses, pero sabía que de ninguna de las maneras podía aceptarlo; simplemente iba en contra de sus principios.

–Gracias, pero no.

La expresión de la *viscontessa* cambió perceptiblemente.

–No me encuentro con gente con principios muy a menudo.

Cesca extendió la mano con el lado de la palma hacia arriba. A diferencia del gesto ambiguo que había hecho antes su anfitriona, la intención de este estaba más que clara. Un apretón de manos no daba lugar a confusión.

–Ha sido un placer conocerla, *viscontessa*.

–Por favor, tuteémonos –respondió, mirándola con lo que parecía desconcierto y curiosidad.

–Tienes una casa preciosa –añadió Cesca.

Elena se echó a reír ante aquel cumplido que claramente se quedaba corto, y la risa ronca le resultó tan sorprendente como en la primera ocasión.

–No está mal, ¿no? –contestó, quedándose corta ella también–. Bueno, he de decir que me alegro mucho de conocerte al fin.

Alberto abrió la puerta para escoltarla por los salones interconectados, cuyas estridentes molduras de oro y paredes verde ab-

senta parecían estirarse ante ellos como una manifestación física del dolor de cabeza. Cesca, que no quería volver a pasar por aquellas estancias, inhaló hondo; allí reinaba un ambiente de calma, de reflexión, de holgura, pero ¿qué había al otro lado de aquellas puertas?

Tenía la sensación de que debía hacer a la fuerza algo tan sencillo como traspasarlas; tenía la sensación de que la historia, irremediablemente, se había quedado atrapada en aquellas paredes, de que había un pasado que seguía dominando el presente, de que los cimientos de aquel mundo se erigían sobre secretos y mentiras.

Capítulo 3

Aquel grito ahogado fue como un chillido, un disparo, un puñetazo, desconcertante y violento, que la arrancó del sueño como si un alma se despegara de su cuerpo. Se sentó en la cama, con la sábana enrollada en la cadera, los músculos temblando del susto por el paso repentino de la inconsciencia a la conciencia y el latido del corazón acelerado debido al pánico, como un pajarito enjaulado.

Se quedó mirando las sombras voluminosas sin verlas de verdad, tratando de reprimir las imágenes que se le habían grabado a fuego en la mente, tatuajes que jamás se desvanecerían por mucho que se arañase o se frotase o se rascase, tatuajes que ahora eran parte de ella, otra sombra entretejida a sus talones que tiraba de ella hiciese sol o nevase, que cobraba vida todas las noches, cuando se alzaba la luna y se le cerraban los ojos.

Volvió a tumbarse en el colchón, tapándose hasta los hombros con la sábana, acurrucándose en forma de coma, pero sabía que no había escapatoria. Cerró los ojos y trató de conciliar el sueño de nuevo, consciente de que volvería a pasar lo mismo, consciente de que era lo que tenía que pasar.

Era el premio por lo que había hecho.

Se merecía todo lo que le estaba pasando.

El sonido de la escoba al barrer las escaleras, de los geranios volcados puestos en su sitio otra vez, era mil veces mejor que cualquier despertador. Cesca se sentó en la cama con un sobresalto y, aunque no necesitaba ver el móvil para saber que eran las 7:40 h, lo comprobó de todos modos, y soltó un leve grito cuando vio el icono de la alarma desactivada en la pantalla.

—¡Ay, no! No, no, no —gimió, sacándose la sábana de encima y poniéndose de cualquier manera la ropa que se había quitado la no-

che anterior: la blusa eduardiana, listo; la falda larga de margaritas, listo; las Converse amarillas destrozadas, listo. No tenía tiempo para cepillarse ni los dientes ni el pelo, de modo que, tras agarrar el sombrero Panamá al pasar a la carrera por la mesa de pino, salió del piso menos de noventa segundos después de abrir los ojos.

–*Buongiorno!* –le gritó a la *signora* Dutti mientras bajaba las escaleras a trompicones y trataba de no tirar las macetas con el roce de la ropa.

La *signora* Dutti se enderezó expectante; por la forma en que la miraba, Cesca intuyó que quería hablar con ella acerca de su encuentro con la *viscontessa* de la noche anterior.

–Lo siento, tengo prisa, que llego muy tarde. Muy pero que muy tarde –le gritó de espaldas.

Cruzó volando la pequeña y durmiente Piazzetta Palombella. Las rejas de acero de la pizzería seguían echadas y las mesas y las sillas de la *osteria* de enfrente, apiladas, aunque por los conductos de ventilación de la pastelería comenzaba a colarse un olor delicioso. Sujetándose el sombrero en la cabeza con una mano, corrió a toda pastilla por la Piazza Angelica sin siquiera dedicar una mirada al imponente edificio señorial azul claro en el que había entrado la noche anterior. Lo único que quedaba de los fiesteros eran unas pocas botellas de cerveza tiradas en el borde de la fuente, pero, a diferencia de su rinconcito en la *piazzetta*, que, a tan solo cien metros de distancia, a estas horas seguía tranquila, aquí el día ya había empezado de verdad. Un barrendero tiraba del carro por los adoquines, al tiempo que dos *carabinieri* paseaban despacio por el cordón policial que peatonalizaba la zona central de la plaza. Donde más ambiente había era, precisamente, en el centro; ahí los comerciantes estaban preparando sus puestos, agrupando las flores en manojos tupidos dentro de los cubos, colocando pasta en forma de tira o de mariposa en cajas abiertas y fijando en los puntales de los puestos raciones de chili y salchichas ahumadas.

Al mudarse allí, se enamoró de ese mercado. Ahora ya se había acostumbrado, pero durante aquellos primeros días, los colores, los gritos y los olores –algunos agradables, otros no tanto– fueron la única prueba que necesitaba para confirmar que había hecho bien en hacer realidad lo impensable y dejar atrás su vida anterior.

Aquí todo era intenso, caótico, fresco, informe, no cabía a la fuerza en una caja: le brindaba, precisamente, la libertad que anhelaba, la oportunidad de escapar y empezar de cero como una persona nueva. Una persona mejor.

Corrió a través de las sombras intermitentes –de bordes gruesos y negros aunque aún fuese tan temprano–, saltándose las cadenas bajas de los postes y esquivando motos con aquellas piernas largas y pálidas que brillaban como navajas. Pasó de una plaza a una callejuela, de un callejón a otra callejuela, y el estruendo del tráfico de la Vía del Corso rugía como un trueno cuando emergió, jadeante, entre la multitud que se dirigía a sus puestos de trabajo. Esquivando a los transeúntes y agachándose, logró llegar al frente del gentío, corriendo entre los coches estacionados cuando el semáforo se puso en rojo antes de volver a meterse por las calles. Adelantó a una limusina de aeropuerto de la marca Mercedes que trataba de avanzar por una carretera donde había treinta centímetros de espacio libre como mucho y se metió apresuradamente en medio de un grupo de turistas chinos que llevaban puestas unas gorras rojas y seguían a su guía. Iba subiendo a la carrera por la mitad de la calle, moviendo las piernas a toda marcha, cuando una moto dobló la esquina de repente a una velocidad aterradora.

Cesca soltó un grito ahogado al tiempo que el vehículo avanzaba directamente hacia ella. Como había un coche aparcado a la derecha, tenía que saltar a la izquierda, pero no había visto las cadenas con forma de pico que pendían a poca distancia del suelo entre bolardo y bolardo y acabó tropezando con ellas. Al caer desparrada contra los adoquines relucientes, se fijó bien en el conductor: treinta y tantos, en buena forma, bermudas azul marino y un polo que en mejores tiempos debió de ser blanco, bíceps marcados por las mangas ajustadas y pelo recto, moreno, largo, que le salía por fuera del casco, pero lo más desconcertante de todo eran sus ojos arrogantes, como si no esperase menos de ella que se tirase sobre aquellos picos para dejarle pasar.

–¡Ey! ¡Serás cabrón! –le gritó furiosa en su idioma (el italiano no se le daba lo bastante bien para insultar como Dios manda) mientras él seguía adelante sin pararse–. ¿En serio? –exclamó en voz alta cuando desapareció sin siquiera mirar atrás.

Permaneció sentada en el suelo unos instantes; los adoquines le enfriaron la piel a través de la tela de algodón de su falda hasta que recordó repentinamente lo que estaba haciendo antes de caerse y por qué estaba corriendo. Le sangraba la rodilla, pero no tenía tiempo para preocuparse, limpiársela o siquiera notar el dolor: tenía que levantarse y seguir adelante.

Echó a correr otra vez, tratando de ignorar la rodilla palpitante, así como el punto de dolor que notaba en el costado, pero era consciente de que, por mucho que corriese, ¡iba con dos horas de retraso! Llegaría justo cuando tendría que terminar el *tour*. Unos pocos segundos o un minuto no cambiarían nada a esas alturas; ya habrían llamado a otro guía para que la sustituyese.

Dobló la esquina hacia la Piazza di Trevi, donde los chorros de la magnífica fuente, que se merecía toda la fama que tenía, causaban tanto estruendo como una cascada, pero, por una vez, en la plaza imperaba el silencio. Por eso se organizaban aquellos *tours* a primera hora de la mañana, para aprovechar la oportunidad de ver los principales monumentos de Roma sin aglomeraciones, sin buhoneros ni vendedores ambulantes que tanto estropeaban los *tours* de las horas centrales del día. Pasó corriendo por las escaleras, por la gran estatua de Neptuno, hasta el pequeño edificio al otro lado de la esquina, por el que pasaban miles de personas a diario sin fijarse, pero ahora no tenía tiempo para centrarse en la belleza, no tenía tiempo para centrarse en la cultura, para...

Sonia, la chica de la taquilla, estaba sentada en un pequeño quiosco junto a la puerta y giró la cabeza hacia el interior del edificio cuando Cesca entró a la carrera.

—Está en el despacho —dijo, mirándola con empatía.

—Gracias, Sonia —respondió Cesca jadeante, y siguió corriendo al pasar delante del pequeño cine (habían descubierto aquella maravilla al empezar las obras de construcción de ese cine) y al bajar las escaleras de metal que llevaban a la Città dell'Acqua, como se conocía aquel sitio subterráneo bien iluminado. Los cimientos lisos de los edificios modernos se encontraban a pocos metros de la piedra rugosa de construcciones previas, construcciones que seguían existiendo bajo las calles de Roma. La mayoría de los romanos, ni que decir los turistas, desconocía que buena parte de la ar-

quitectura antigua que había dado forma a esa ciudad seguía en parte intacta por debajo de las calles. Por la cueva también pasaba un acueducto antiguo: el Acqua Vergine, construido inicialmente por el político romano Marco Agripa en el año 19 a. C., que llevaba más de dos mil años suministrando agua potable a la ciudad, y casi nadie de los millones de personas que visitaban la magnífica Fontana di Trevi al otro lado de la esquina sabía que el agua provenía de este conducto, pero ella sí. Adoraba esa ciudad y la conocía por dentro, por fuera y por debajo.

Cesca corrió a paso ligero por los angostos callejones con escalones –calles antiguas que ya no llevaban a ningún lado–, sin fijarse por una vez en los ladrillos finos y colocados a mano que una vez fueron parte de basílicas y estadios, pero que ahora conformaban arcos a medio hacer. Esta vez tenía la vista fija en el despacho de su jefe, cuya puerta estaba abierta, como si la estuviera esperando.

–Giovanni, lo siento muchísimo –dijo jadeante nada más alcanzar la puerta, aferrándose al marco y quitándose el gorro para que le viera los ojos, abiertos como platos en señal de disculpa.

Él la miró con cara de cordero degollado, transmitiendo incluso más arrepentimiento que ella con sus ojos redondos.

–Francesca, mira qué hora es. Mira –dijo, alargando la última palabra como si tuviese cuatro sílabas mientras daba golpecitos a su reloj.

–Lo sé, y lo siento, pero no ha sido culpa mía, de verdad –contestó. Sus palabras no eran más que susurros incorpóreos. Se metió con dificultad en la pequeña estancia, malherida y agotada–. Yo me encargo del siguiente *tour*. ¿Quién me ha cubierto? Le cambio el turno.

Él negó con la cabeza.

–Fran...

–No, de eso nada –jadeó, a punto de colapsar en una silla plegable–. Haré dos de sus turnos para compensarlo. Es lo justo.

–Ya es tarde, Francesca.

–Lo sé y lo siento muchísimo, pero ya estoy aquí. Te lo compensaré. Tú dime qué puedo hacer.

–Tendrías que haber llegado hace dos horas.

Cesca empezaba a temblar de pura ansiedad. Por regla general, no era difícil aplacar a Giovanni; aunque llevaba casado desde los dieciocho años y amaba –y temía un poco– a su esposa, Cesca sabía que también estaba colado por ella. Era por su pelo, tan poco común como un zorro polar por estas tierras.

–Ya, pero, mira, es que mi casera... se cayó –dijo, apartándose el cabello por detrás del hombro.

–¿Dos horas? –preguntó, observando cómo el pelo se meneaba en el aire como a cámara lenta.

–Sí, porque... porque tuve que llevarla al hospital.

Volvió a fijar la mirada en ella.

–Y, en todo ese tiempo, ¿no pudiste llamar para avisar?

Cesca se llevó una mano al pecho.

–¡No podía ni hablar, Giovanni! Fue terrible. Había... muchísima sangre.

Giovanni enarcó una ceja, escéptico.

–Y supongo que se ha recuperado por arte de magia, como cuando lo del incendio.

Cesca tragó saliva.

–Bueno, fue un incendio sin importancia...

–Dijiste que todo el edificio estaba en riesgo de derrumbe.

–Pues eso, estaba «en riesgo». Por suerte, vi... vi el humo de la vela y conseguí apagarla antes de que fuese a más.

Pobre *signora* Dutti: no se imaginaba lo intensa que era su vida según lo que se contaba en este lado de la Via del Corso. Lo cierto es que era tan fuerte como el propio Panteón, rara vez salía de la plaza excepto para ir al mercado y el momento más emocionante de su día era cuando se sentaba en una silla al final de la tarde con la *signora* Accardo y veía pasar a los turistas.

Giovanni soltó un suspiro.

–Cesca...

–Giovanni, por favor –gimoteó, presa del pánico al ver que no conseguía nada.

Sí, esas últimas semanas había tentado a la suerte, y olvidarse de cargar el teléfono o no negarse a ese último *limoncello* no ayudaban en nada, teniendo en cuenta lo ajetreadas que eran sus noches de por sí. Y sí, puede que, por culpa de la popularidad crecien-

te de su blog, no se hubiese centrado en su trabajo como debería, pero, aun así, lo necesitaba. La ecuación era sencilla: sin *tours* no había ni dinero para el alquiler ni blog. Ni más días para enamorarse de Roma. Ni más Roma.

–Cesca, es la tercera vez este mes.

–Lo sé, pero de verdad que no ha sido culpa mía.

–Nunca es culpa tuya. Tu pobre casera ha estado a punto de perder la vida tres veces en tres semanas: la casera y la vela aromática, la casera y el atropello casi fatal de la furgoneta de las *pizzas* y, ahora, la casera y... –Enarcó una ceja–. ¿Cómo se cayó?

–Tropezó con un geranio.

–La casera y el geranio –repitió con monotonía–. No sé si es la mujer con más suerte en toda Roma o la más desafortunada. –Chascó la lengua con cara triste–. Eres una de mis mejores guías. ¿Que si sabes de historia? ¡Vaya si sabes! Y los turistas te adoran, pero si no llegas a coincidir nunca con ellos, no importa lo buena que seas. Necesito a alguien en quien pueda confiar.

Se golpeó el pecho por la zona del corazón.

–Y, de ahora en adelante, te juro por mi vida que podrás confiar en mí –dijo, con tanta solemnidad como si estuviese a punto de ponerse a cantar *God Save The Queen*.

–Hoy Astrid ha tenido que hacer el *tour* por ti.

–¿Astrid? –Dejó caer la mano, indignada–. ¡Pero si no sabe ni jota de italiano!

Giovanni enarcó las cejas.

–Lo sé.

–Y siempre confunde a Augusto con Nerón.

–Efectivamente, un desastre, pero no me ha quedado otra opción. Era la única persona disponible.

Cesca notó una presión en el pecho y se percató de que se había acorralado en una esquina.

–Vale, mira, no te voy a mentir: no oí el despertador –confesó rápidamente–. No duermo muy bien y...

–Cesca, lo siento, pero es la tercera falta. Ya conoces el reglamento de la empresa.

Ella tragó saliva, incapaz de creerse lo que estaba pasando. ¿La tercera falta? ¿Qué era esto? ¿Un correccional de menores?

—¿Me estás diciendo que estoy despedida? —susurró, notando cómo la sangre le abandonaba el rostro.

Tenía, para ser exactos, doscientos ochenta y seis euros en la cuenta, y la semana siguiente tenía que pagar novecientos noventa euros de alquiler. Como en total tenía once *tours* reservados, por cada uno de los cuales ganaba ochenta euros, habría llegado justa. Llevaba semanas tratando de incluir la cena de anoche, la celebración del vigésimo quinto cumpleaños de Guido, dentro de los gastos semanales. Ay, ¿por qué no había aceptado la recompensa de anoche? ¡Cinco mil euros por devolver un bolso! Ahora mismo, podría estar aquí sentada con la cabeza bien alta. ¿Cómo podía permitirse tener principios si ni siquiera tenía un bocado que llevarse a la boca?

—Supongo que no cambiaría nada que te dijese que casi me atropellan al venir hasta aquí —probó a decir, pero Giovanni enarcó una ceja, dando a entender que estaba harto de sus cuentos—. ¡Mírame la rodilla! —dijo, subiéndose la falda larga para enseñársela.

—Cesca, por favor te lo pido —rogó, poniendo otra vez cara de cordeiro degollado—. No puedo hacer nada más por ti.

—Pero ¡si eres mi jefe!

—Lo sé y siento que tengamos que terminar así.

Se mantenía en sus trece. Ella permaneció allí sentada unos instantes, tratando de buscar otra forma de cambiar las cosas, pero ya lo había probado todo: le había contado un cuento inverosímil, le había confesado la verdad, había sido sincera, se lo había suplicado, se lo había implorado... ¿Qué más podía hacer? Se había quedado dormida demasiadas veces.

—*Ciao*, Francesca —dijo Giovanni, con tanta solemnidad como un juez con birrete negro—. Sonia arreglará cuentas contigo cuando salgas.

Cesca soltó un suspiro y se obligó a levantarse y a salir despacio; comenzaba a palpitarle la rodilla. Se puso a cojear, por si le daba pena y le pedía que volviese a entrar, pero lo único que oyó al salir fueron las suelas de goma de sus propios zapatos sobre las pasarelas de metal.

Sonia ya tenía el sobre preparado cuando se le acercó.

—Cuánto lo siento, Cesca.

Hizo una mueca al entregárselo.

—No, es culpa mía. Me lo he buscado yo solita.

Volvió a suspirar, al tiempo que el cansancio acumulado de la noche anterior se apoderaba de ella y se disipaba todo rastro de adrenalina. Así salió de nuevo a la luz, donde las sombras seguían igual de gruesas y negras, donde la gente comenzaba a aglomerarse y el día seguía su curso sin ella.